

EL FANTASMA DE LUCENTUM

(Fragmento)

El edificio Manises constaba de diez pisos, con un total de treinta apartamentos, sin contar la angosta vivienda del portero, sita en la azotea, y un parking reducido. También había una piscina rectangular, rodeada por un pequeño parterre de césped cuidado por donde se repartían varios bancos y las farolas que iluminaban la urbanización durante las noches de verano. Y esa piscina colindaba con el pinar oriental del Parque Celeste, separados por un común y alto seto de tupidos cipreses y una malla metálica. La entrada a ese edificio estaba de espaldas al mar y a ella se llegaba por la carretera asfaltada que finalizaba en el aparcamiento posterior del Parque Celeste.

Cerca ya de las once de esa noche, y a pesar de la suave pero incesante lluvia, el único portero del edificio Manises salió del portal cargando un voluminoso cubo de goma repleto de basura. Como cada noche, lo llevó hasta el borde de la carretera, donde sería vaciado por el Servicio Municipal de Basuras, y luego regresó al portal para cargar con los otros dos que le aguardaban igualmente llenos.

El portero del Manises era un hombre de unos cincuenta y pocos años, bajito, medio calvo y de parca cultura, pero poseía todavía una recia musculatura y su seriedad y buen hacer durante los diez años que llevaba de servicio en esa urbanización le habían granjeado el reconocimiento de todos los vecinos.

El hombre entró de nuevo en el portal, cuya puerta había dejado abierta previamente con un calzo de madera, cogió las asas del segundo cubo de basura y, cuando se disponía a tensar sus brazos para cargarlo, un ruido seco le hizo girar la cabeza. Detrás, a pocos pasos, estaba la puerta de grandes cristales que llevaba a la piscina y al jardín. Estaba cerrada y, a través de ella, no se veía más que la completa oscuridad de la noche.

El portero pensó que ese ruido debió ser producido por la lluvia, pero mientras cargaba el cubo y se dirigía hacia la puerta, un repentino presentimiento le hizo estremecerse. Aquel ruido había sido muy seco, similar al que produciría una patada involuntaria en el marco de aluminio de la puerta trasera. Y ese presentimiento se vio interrumpido de improviso por el desasosiego que había sentido cuando había empezado esa noche a recoger la basura del depósito general que había en el sótano, al cual llegaban todos los desperdicios del edificio a través de un hueco que bajaba desde el

décimo piso por el interior de uno de los tabiques centrales y comunicándose con las treinta cocinas. Y ese desasosiego se lo había producido el recuerdo de los dos crímenes cometidos en el vecino Parque Celeste, así como el saber que andaba suelto por los alrededores un asesino.

Debido a ese intranquilizador presentimiento, el hombre se detuvo bajo el dintel de la puerta para mirar a un lado y a otro; y gracias a esa providencial precaución, el cauteloso portero del Manises descubrió a una figura esbelta y oscura que apareció de pronto por la esquina de su izquierda, de la cual le separaban apenas tres metros.

De alguna manera, el portero supo quién era aquella extraña persona que había frente a él enfundada en una especie de túnica negra y con un ancho capuz cubriendo su cabeza. Y, sin esperar a confirmarlo, el hombre arrojó el cubo y se volvió hacia la puerta.

Mientras el cubo de goma rodaba hacia la figura, vomitando su nauseabundo contenido, el portero trató de cerrar la puerta del edificio dándole patadas al calzo de madera. Pero, fuera porque los nervios le hacían dar los puntapiés en donde no debía, o bien porque esa noche precisamente había tenido la maldita suerte de colocarlo demasiado ajustado, la cuestión era que el calzo, en vez de separarse de la hoja de la puerta, cada vez se encajaba más en ella. Así pues, al ver que no podía cerrar la puerta y que además la figura corría hacia él, tras saltar por encima del cubo caído, el hombre decidió correr hacia la escalera.

El portero subió los escalones de dos en dos, sin volverse para ver si le perseguía la figura, con el corazón saltando dentro de su pecho. A pesar de que no escuchaba los pasos de esa terrible figura y que se acababa de apagar la luz, recorrió de prisa los cinco metros que separaban ambos tramos de escalera en el primer rellano, sin pensar siquiera en encender la luz ni llamar en cualquiera de las tres puertas que allí habían. Siguió ascendiendo por la escalera, con la mente bloqueada por el terror y, para cuando estaba corriendo por el segundo rellano, oyó el chasquido producido por el ascensor al ponerse en funcionamiento. Entonces se acordó que éste estaba en la planta baja. Se maldijo por no habersele ocurrido cogerlo cuando pudo, en vez de subir por la escalera, pero no se detuvo ni un solo segundo, sino que siguió hacia el tercer piso a toda velocidad.

Por culpa del terror que le embargaba, el portero del Manises corrió por el rellano del tercer piso con una idea fija: llegar a su casa, que estaba en la azotea, para encerrarse en ella y telefonar a la Policía. Con esa idea grabada en su mente como única salvación posible, emprendió la subida del tramo de escalera que llevaba al cuarto

piso. Pero al llegar al siguiente rellano y cuando iba a recorrer otros cinco metros idénticos a los anteriores, se detuvo bruscamente. Había llegado a tiempo de ver cómo desaparecía el ascensor por la parte superior de la puerta de estrecho cristal que había frente a él. Esperó atento, con el aliento entrecortado y los ojos muy abiertos, a ver si lograba oír en dónde se paraba el ascensor. Y su espera fue corta, pues el chasquido que denunciaba la detención del ascensor llegó en seguida y procedente del quinto piso.

El portero se dio cuenta de que aquel criminal se hallaba en el piso inmediatamente superior, impidiéndole llegar a su casa, a la salvación, y entonces sí que se le ocurrió apretar el interruptor de la luz y llamar a la puerta que tenía cerca de él para pedir auxilio. Pulsó el timbre pero no sonó. Maquinalmente, su memoria le recordó que ése era el apartamento izquierdo del piso cuarto, perteneciente al matrimonio Llorente y, por lo tanto, vacío durante todo el invierno.

Desesperado, creyendo escuchar cómo el asesino bajaba ya por la escalera, corrió hasta el piso tercero. Se paró frente a la primera puerta del rellano y pulsó el timbre. Este sonó en el interior de la vivienda, pero no esperó a que nadie le abriera, sino que siguió corriendo hasta la puerta que había en el centro del rellano. Allí vivía el señor Ramírez y era seguro que estaba en casa. Llamó pulsando el timbre y golpeando la puerta con los nudillos de ambas manos, pero no le abrió nadie. Se le ocurrió que el señor Ramírez debía estar ya acostado y por eso empezó a chillar. Sin embargo no esperó, pues sabía que no tenía tiempo, y entonces continuó corriendo hacia la escalera para seguir bajando. Pero al llegar al tramo que unía los pisos segundo y tercero, sus mandíbulas casi se desencajaron al separarse bruscamente y del fondo de su garganta surgió un grito ronco. Frente a él, subiendo por los primeros escalones, estaba la espeluznante figura negra que le sorprendiera en el portal. Era imponente, con su vestimenta oscura y su capuz tapándole la cara. Los ojos del hombre se fijaron en las lucecitas encarnadas que se vislumbraban dentro de la oscura cavidad que había bajo la capucha y, por alguna razón inexplicable, creyó que esa criatura le estaba sonriendo. Pero sobre todo, fue su lenta ascensión lo que más le aterrorizó, pues parecía como si tuviera la absoluta seguridad de que le iba a atrapar, de que no podía escapar.

Le había engañado, se dijo el portero del Manises en tanto miraba medio hipnotizado cómo subía la escalera ese fantasma horrible. Había tenido al astucia de hacer subir al ascensor vacío para engañarle, mientras él subía tras sus pasos para cogerle cuando tratara de bajar. Y le había salido bien.

Por un segundo, el hombre sintió una rabia incontenible y pensó en enfrentarse en una lucha cuerpo a cuerpo con ese criminal disfrazado. Pero sus ojos le hicieron desistir al enviar a su cerebro un mensaje espeluznante. Aquella cosa que no se sujetaba a la barandilla con una mano, sino con una especie de garra huesuda de uñas largas y afiladas.

El portero por fin reaccionó cuando la figura estaba ya en mitad de la escalera y, volviendo a su idea primitiva de llegar a su casa, corrió hacia el tramo que llevaba al piso superior. Y esta vez sí que oyó tras él las pisadas del criminal, las cuales se habían acelerado de pronto.

Llegó al piso cuarto al mismo tiempo que volvía a apagarse la luz de la escalera y continuó su carrera hacia el siguiente, intuyendo que el horrible monstruo que le perseguía le iba ganando terreno poco a poco. Por eso, al arribar al piso quinto y encontrar allí el ascensor, el portero cambió de pronto de meta. Si seguía subiendo, aquella cosa le pillaría, pues parecía más rápida que él y además aún le quedaban seis pisos. Así que, sin perder tiempo, abrió la puerta del ascensor y pulsó el botón correspondiente a la planta baja. Pero por el impulso tan fuerte que le había dado al abrirla, la puerta del ascensor tardó mucho en cerrarse, frenada también por el muelle amortiguador. El hombre entonces pudo ver, con ojos overos, cómo la figura corría a grandes zancadas hacia él. La puerta no terminaba de cerrarse y, por un momento, el portero creyó que ese monstruo llegaría a tiempo de sujetarla. Pero un segundo antes de que aquello se abalanzara, chocando contra ella estrepitosamente, la puerta se cerró y el ascensor se puso en funcionamiento automáticamente.

Mientras bajaba, el hombre oyó aturdido cómo el monstruo golpeaba con enorme fuerza la puerta, rompiendo el cristal esmerilado que había en el centro y profiriendo un chillido agudo de rabia que retumbó en el ascensor como un trueno ensordecedor.

Al llegar a la planta baja, el portero salió velozmente al exterior del edificio y, a pesar de la lluvia que empezaba a arreciar, corrió hacia la carretera pidiendo socorro a grandes voces. Sin saber lo que hacía, fue gritando bajo la lluvia, por medio de la calzada hasta encontrarse con un coche patrulla que acudió en su ayuda desde el aparcamiento trasero del Parque Celeste.

Aunque los dos miembros de la Policía Nacional, y quienes vinieron después a ayudarles, registraron las escaleras, sótano y alrededores del edificio Manises en cuanto el tembloroso portero consiguió explicarles lo sucedido, no pudieron encontrar a ningún

fantasma, monstruo ni asesino disfrazado. Tan sólo se tropezaron con algunos vecinos del edificio Manises que, como el señor Ramírez, habían salido por fin a la escalera alertados por los intempestivos gritos del portero.

© **Gerardo Muñoz Lorente**